

Andar a pie: no subirse al caballo ni al auto que prestigia. Andar a pie es andar en el espacio público, entre los transportes colectivos, codo a codo en la multitud. Quedar a pata. Andar a pie es darse un tiempo, caminar para percibir lo rugoso, lo complejo, lo inconcluso, lo vacante. Hablar desde la llanura y no desde la montaña o la torre. Mirar desde el raso y no desde el avión o el dron. A pie, una filosofía. O unos escritos que piensan en el presente. Ensayos que se acercan, con osadía o con pudor, a grandes temas. A pensarlos otra vez y presentarlos para lectorxs que se presumen cercanxs, interesadx, pedestres. Como quienes escriben. Escrituras con experticia y sin autoridad, hospitalarias para quien se acerca por primera vez a esos temas. Ensayos filosóficos para leer en el bondi, en el tren, en las esperas, en los bares, en el pasto. A mano y al pie. O sea, interpelaciones a nuestra sensibilidad lectora y a la curiosidad de lxs no expertxs. Parte de una conversación pública y de una vocación –muchas veces olvidada– de la filosofía de intervenir en esa conversación.

El autor

Daniel Jones se dedica a la investigación, la enseñanza y la intervención en debates públicos sobre temáticas de géneros y sexualidades. Nació en Trelew (Chubut) en 1978 y vive en la ciudad de Buenos Aires desde 1997. Es licenciado en Ciencia Política y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es investigador del CONICET, profesor de teoría de género en la Carrera de Sociología (UBA) y dirige un equipo en el Instituto Gino Germani. Entre sus libros, publicó *Sexualidades adolescentes* (CICCUS, 2010) y compiló *Sexo, drogas y religión* (Teseo, 2018) y *Todo sexo es político* (Del Zorzal, 2008). Actualmente coordina la Diplomatura en Masculinidades y Cambio Social (UBA). Desde 2010 es papá de León, con quien vive en el Once.

Jones, Daniel

La masculinidad : varones y feminismos / Daniel Jones. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2022.

Libro digital, EPUB. - (Filosofía de a pie / 7)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-630-639-3

1. Filosofía General. 2. Ensayo. 3. Feminismo. I. Título.

CDD 179.7

EDICIONES **UNGS**

©Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Provincia de Buenos Aires, Argentina - Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@campus.ungs.edu.ar - ediciones.ungs.edu.ar

Colección Filosofía de a pie

Dirección: Gustavo Ruggiero, María Pia López y Gustavo Arroyo

Diseño gráfico de la colección: Daniel Vidable

Diseño de interior y tapas: Daniel Vidable

Corrección: Gustavo Castaño

Tipografía: "Alegreya" (SIL Open Font License, 1.1.)

Diseñada por Juan Pablo del Peral para Huerta Tipográfica.

<http://www.huertatipografica.com.ar>

Hecho el depósito que marca la ley 11.723 .

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.



Libro
Universitario
Argentino

DANIEL JONES

LA MASCULINIDAD
VARONES y FEMINISMOS

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Índice

Capítulo 1

La demanda epocal de reflexionar sobre las masculinidades

Capítulo 2

Nuevas masculinidades versus masculinidad como dispositivo de poder

Capítulo 3

Varones en deconstrucción: límites y potencialidades

Capítulo 4

Cuestiones incómodas para una agenda sobre varones y masculinidades

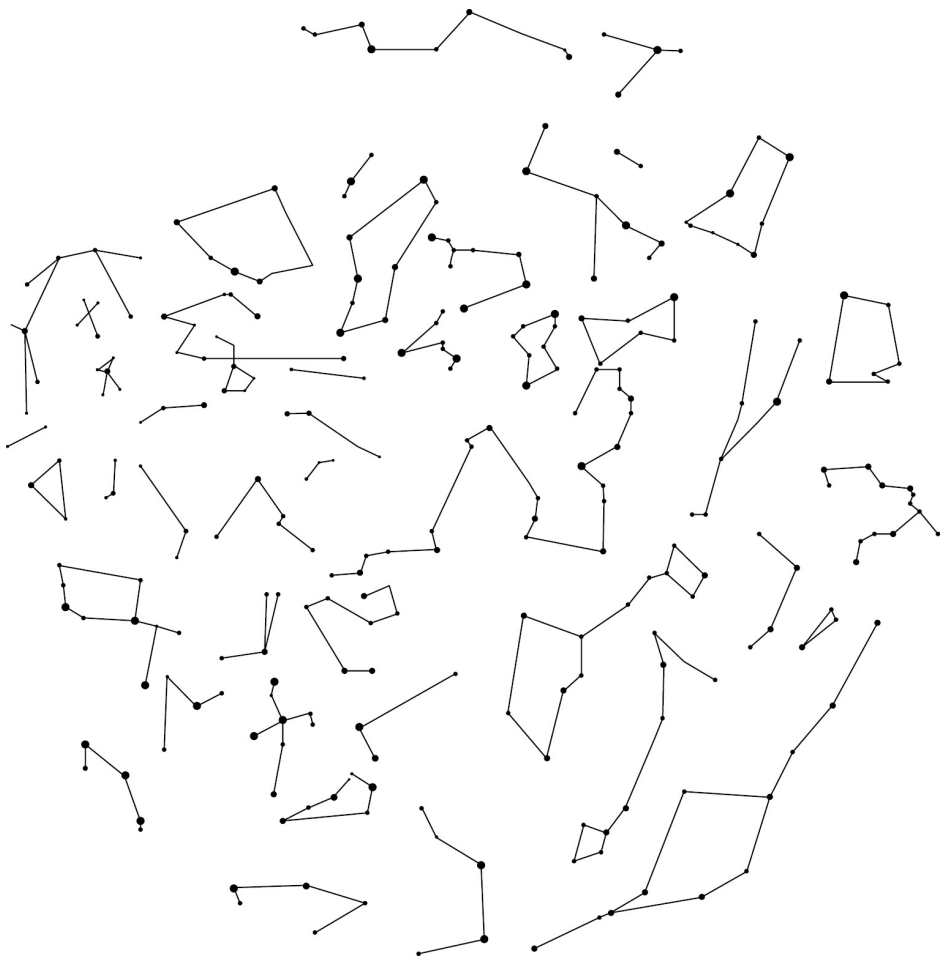
Bibliografía

¡Felices los tiempos para los cuales el cielo estrellado es el único mapa de los caminos transitables y que hay que recorrer, y la luz de las estrellas única claridad de los caminos!

GEORG LUKÁCS, TEORÍA DE LA NOVELA

Agradezco la lectura atenta y generosa de Lucía Ariza, Martín Armelino, Ana Laura Azparren, Rafael Blanco, Ana Clara Camarotti, Marcos Carbonelli, Paloma Dulbecco, Luciano Fabbri, Gonzalo Hidalgo, Santiago Morcillo, Carolina Spataro y Esteban Vergalito. También a María Pia López, por la invitación a escribir en esta colección.

Dedico este libro a mi abuelo Oberdán, mi viejo Luis y mi hijo León. Y a los “chicos” de Trelew. Aquí, allá y en todas partes.



Capítulo 1

La demanda epocal de reflexionar sobre las masculinidades

Mi experiencia, mi entorno y mis compromisos pueden detectarse en los capítulos de este libro. Sin embargo, no es en ningún sentido autobiográfico [...]. Es un intento por crear conocimiento público: por presentar evidencia, ofrecer conceptos y análisis que tengan algo de validez para los lectores que no comparten mi biografía (Connell, 2019: 20).

El 8 de marzo de 2019, Día Internacional de la Mujer, recibo en el grupo de WhatsApp de mis amigos de la adolescencia una encuesta: “Raulómetro: el cuestionario para detectar machismo”.¹ A través de situaciones cotidianas, sus preguntas abordan temas como el acoso sexual en el trabajo, el abuso sexual basado en imágenes, el uso de preservativo, la vasectomía, el consentimiento en las relaciones sexuales, el trabajo doméstico no remunerado o el cupo laboral travesti/trans, cuestiones que el feminismo puso en la agenda pública. Estos varones de 40 años completan la encuesta, se quejan de algunas opciones de respuesta y proponen otras no ofrecidas (lo mismo pasó en Twitter, donde se viralizó). Se esfuerzan por presentar formas de ser varón que no encarnan ni el machismo más rancio, con el que no se identifican, ni aquello que creen que el feminismo espera de ellos.

¿Desde cuándo un grupo de varones cisgénero y heterosexuales, de clase media urbana, testea y discute sus niveles de machismo?² ¿No era que estos grupos de WhatsApp solo servían para circular pornografía y bromas sexistas? ¿Por qué, de pronto y cada vez más, algunos varones nos detenemos a pensar sobre los cambios que el clima de época parece reclamarnos?³

Este ensayo, escrito por un varón cis-hetero, apunta a ser leído por personas con diversas trayectorias sexogenéricas. No obstante, mi apuesta es generar una reflexión, sobre todo, en otros varones cis-hetero para promover un diálogo colectivo (que nos incluya y exceda) alrededor de nuestras masculinidades. Que una chica harta le regale este libro a su novio como una forma de pedirle que cambie. Que una compañera de militancia se lo preste a un compañero si este no lo busca por su cuenta. Que un amigo gay activista le diga “léete esto” a un amigo cis-hetero. Que un varón que se siente desorientado por la ola feminista lo compre o pida prestado para encontrar respuestas a preguntas que lo inquietan, y que lleve esas inquietudes a sus compañeros. Que se enojen si se ven (si nos vemos) reflejados de un modo que no les (que no nos) gusta, que discutan los argumentos, que contradigan las estrategias planteadas y propongan alternativas. Que piensen en su recorrido como varones y en los horizontes posibles para su masculinidad. Que reflexionen, con una incomodidad movilizante, como me

pasó a mí al escribirlo, y como espero que me siga sucediendo con las historias y las críticas que lleguen relacionadas con este ensayo.

Coordenadas políticas y personales

La masculinidad merece un libro en una colección universitaria orientada a un público amplio. Como la política o el Estado (otros temas de la colección “Filosofía de a pie”), la masculinidad adquiere rango no solo de objeto de reflexión intelectual, sino también como eje de debate en la Argentina contemporánea (y también más allá de sus fronteras). En ámbitos de trabajo o estudio, en partidos políticos, movimientos sociales o sindicatos, en las parejas y con amigos, discutimos qué tipo de varones somos, cuáles queremos dejar de ser y cómo pueden producirse esos cambios. La masculinidad se encuentra en estado de ebullición y parece exigir una deliberación permanente.

Estas inquietudes y discusiones sobre las formas de ser varón llegan como resultado del cuestionamiento extendido a las desigualdades y violencias de género promovido por los movimientos feministas, de mujeres y de la diversidad sexual. La demanda y sanción legal de un amplio espectro de derechos sexuales y reproductivos, al menos desde comienzos de los años 2000,⁴ y las reacciones sociales contra la violencia de género, de renovada fuerza desde la primera concentración del Ni Una Menos (NUM) en 2015, han configurado en la Argentina un clima social de discusión sobre género y sexualidad, violencia y derechos, privilegios y desigualdades. Aunque con menos masividad y resonancia pública, desde 2009 también se registran en la Argentina experiencias colectivas de varones organizados en clave antipatriarcal, como ecos militantes de estas interpelaciones. Los debates públicos sobre educación sexual integral, matrimonio igualitario, identidad de género, femicidio y aborto, entre los más destacados, son condiciones históricas de posibilidad para llegar a esta agenda política e intelectual sobre masculinidades.

¿Cómo explicar mi interés por el tema? Quiero reponer algunas coordenadas personales y enmarcarlas en estos fenómenos sociales y políticos de mayor envergadura para dar indicios de un proceso histórico y un clima de época que explican este libro.

En 2016 comencé a publicar en Facebook narraciones y reflexiones sobre situaciones cotidianas con mi hijo León, en ese entonces de 6 años. Estos relatos ilustraban deseos, angustias y desafíos de la experiencia de paternidad de un varón de mediana edad, divorciado, viviendo en una gran urbe sin una familia extendida. Muchas personas se veían reflejadas o sentían empatía por lo narrado, lo que generó una conversación colectiva ante cada posteo, sobre la crianza y el cuidado de niñxs, la paternidad e indirectamente la masculinidad (la mía como padre y la de mi hijo, en proceso de socialización como varón).

En paralelo, en 2018 fui invitado como investigador a dar unas charlas en la ciudad de Santa Fe, en las que decidí compartir algunas ideas sobre los impactos en los varones de la ola feminista en la Argentina a partir del NUM. Me interesaba explorar los desafíos que planteaba la irrupción renovada del feminismo dentro de las organizaciones políticas compuestas por mujeres y varones, tomando una serie de publicaciones.⁵ Un punto álgido de tensión se había dado por el paro internacional de mujeres del 8 de marzo de 2018: en redes sociales virtuales, lugares de trabajo y espacios de militancia se multiplicaron discusiones sobre si los varones podíamos participar (y cómo), al punto de que circularon recomendaciones sobre formas de apoyo que no significasen asumir el protagonismo de esta lucha.⁶

El intenso proceso de crecimiento y visibilización del feminismo en la Argentina me planteaba preguntas políticas que se fusionaron con otras más existenciales acerca de qué tipo de padre soy y qué clase de varón quiero ser. Los interrogantes alrededor de mi vínculo con el feminismo como varón cis-hetero (una inquietud recurrente en otros varones interpelados por este movimiento) venían de larga data. Entre 2004 y 2019 formé parte del Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES), en el Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires (UBA), compuesto mayoritariamente por mujeres cis-heterosexuales y varones cis-gays. Mi interés por investigar y acompañar políticamente las demandas del feminismo y la diversidad sexual desde este espacio, ahora puedo verlo, convivían con modos de intervención poco conscientes de ciertos rasgos típicamente “masculinos” (por ejemplo, mi uso de la palabra recurrente, prolongado y posiblemente avasallante). En su momento, algunas compañeras del GES me lo señalaron y no presté mayor atención. Con esto quiero destacar que pese a estudiar y discutir sobre sexualidad y género durante muchos años, en buena parte de ese recorrido no problematicé mi propia condición de sujeto generizado y sus efectos en mis interacciones (como el uso de la palabra en un espacio colectivo mixto). Desde mi punto de vista, era un investigador y un aliado del feminismo, no un “varón” (eso era irrelevante a los fines intelectuales y políticos).

Recién con la acelerada masificación del feminismo en la Argentina, desde el NUM en 2015, distintos espacios por los que transitaba se volvieron escenarios de fricción y laboratorios de experimentación para las relaciones de género. En el trabajo, en escuelas y universidades, en la militancia, en la pareja, en la familia, surgieron fuertes interpelaciones para mí y para otros varones. Escuchamos, desconcertados, una larga lista de cuestionamientos silenciados durante mucho tiempo o de los que no habíamos tomado nota. Como señala la antropóloga argentina Catalina Trebisacce:

El feminismo perdió el estigma del nombre maldito e incluso trasmutó a su inverso, como el nombre del bien, de la justa causa y de la interpreta-

ción verdadera de las cosas históricamente negadas. Y entre las cosas que venía a develar el feminismo al público masivo se encontraba la existencia de múltiples violencias ejercidas sobre las mujeres (cis) en distintos ámbitos (2020: 118).

Sus demandas han tenido principalmente dos focos. Por un lado, visibilizar y desnaturalizar las diferentes violencias de género, que la mayoría de las veces nos tienen a los varones cis-hetero como perpetradores o beneficiarios indirectos (por ejemplo, cuando nos permiten actuar como “protectores” ante la potencial amenaza de otros varones). Por caso, los femicidios, capaces de conmocionar por su brutalidad, exigen no solo una toma de posición ética personal y respuestas político-estatales,⁷ sino también un esfuerzo por tratar de comprender qué varones son capaces de cometerlos, qué tipo de masculinidad encarnan y cómo desactivarla para prevenirlos. Estos interrogantes también se aplican a otras formas de violencia de género, consideradas parte de un *continuum* del que el femicidio es su expresión más extrema.⁸

Por otro lado, muchas mujeres plantean a los varones con los que interactúan la necesidad de renegociar contratos de género injustos. Me refiero a cómo la mayor toma de conciencia de las desigualdades padecidas y un clima social que habilita a exigir cambios se traducen en discusiones frecuentes sobre asuntos tan disímiles como la composición de una lista electoral, la distribución de las responsabilidades domésticas y de cuidado, y la feminización de ciertas tareas en el ámbito laboral, que cumplen mujeres aunque no estén contempladas en el puesto que ocupan (como lavar las tazas del café luego de una reunión de trabajo). Este tipo de discusiones claramente existían mucho antes del NUM, pero a partir de 2015 se ven potenciadas y masificadas (como sintetizó un compañero: “Tengo todos los días el Ni Una Menos dentro de casa”).

En este escenario, en 2017 accedí por concurso a la titularidad de una materia sobre teoría de género en la carrera de Sociología de la UBA. Este espacio se convirtió en una suerte de laboratorio natural para observar qué tipo de varón soy en relación con el que declaro querer ser. La reflexión se dio a través del vínculo con mis compañeras de docencia, Ana Laura Azparren y Paloma Dulbecco, ambas mujeres cis más jóvenes que yo. Aunque existe una jerarquía laboral que me ubica sobre ellas (además de la edad y el género), los nuevos bríos del feminismo en la Argentina y su condición de militantes políticas habilitaron frecuentes críticas a aspectos sutiles (pero no inocuos) del modo de desenvolverme como varón. A esta altura (de 2017 al presente) ya venía ejerciendo una mayor autovigilancia sobre mi forma de actuar, pero así y todo la distribución de roles de la cátedra estaba capilarmente atravesada por las mismas desigualdades que eran objeto de nuestra reflexión y enseñanza. Una materia sobre feminismo nos planteó el desafío como equipo de encarnar una ética feminista, y los primeros años mis

compañeras tomaron la posta señalando cómo yo asumía un excesivo protagonismo y les delegaba responsabilidades invisibles que sostienen el funcionamiento de un curso. La materia al principio operaba como una maquinaria aceitada que favorecía mi lucimiento en las clases expositivas. Una conversación regular sobre qué hace cada quien orientó una redistribución de tareas que procuraba cierta alternancia y evitaba que las supuestas predisposiciones “naturales” (como la mía a protagonizar las clases) consolidaran roles y estereotipos de género. Las charlas al respecto siempre me generaban una sensación de incomodidad: si yo me esforzaba por revisarme y cambiar más que cualquier otro profesor titular que conociéramos, ¿no era *demasiado* duro ser así criticado por mis compañeras? Luego de una larga exposición moviéndome por el aula, en que sentía haber dejado voz y cuerpo para explicar del modo más claro posible un tema difícil, la devolución de mis compañeras resaltaba mi uso monopólico de la palabra. Oscilando entre darles la razón y una sensación de injusticia ante este tipo de críticas (de ahí la incomodidad), a veces opté por victimizarme vía el humor y otras por “contraatacar” proponiéndoles que se ocuparan ellas de dar la siguiente clase (cuando en ese momento no estaban en condiciones de hacerlo).

¿Por qué narro estas experiencias sobre el grupo de estudios y la cátedra? Porque no creo que ninguna forma de deconstrucción, o el modo en que llamemos a una revisión crítica orientada al cambio de nuestra masculinidad, sea posible mediante una lógica autocentrada de los varones. Es decir, porque desconfío cuando estos procesos de cambio se concentran principal o exclusivamente en nuestra identidad personal sin problematizar las relaciones de género asimétricas de las que participamos. Son las mujeres feministas (o influidas por el feminismo, aunque no se identifiquen como tales) y otros sujetos que padecen las prácticas patriarcales de los varones cis-hetero quienes suelen criticarlas e impulsar transformaciones que signifiquen la pérdida de nuestros privilegios. Poner el énfasis en la reflexión personal autocentrada como llave del cambio social presupone que con la buena voluntad y lucidez de los varones alcanza. Es creer que los cambios en una estructura relacional, como es el género, podrían darse sin necesidad de vínculos e interacciones que los motiven y acompañen, intentando evitar fricciones y discusiones que nos incomoden.⁹

Qué vamos a explorar de las masculinidades

En un momento de este recorrido personal aparece el campo de las masculinidades como un marco teórico y político desde el que pensar el vínculo con mi hijo, mis relaciones sexoafectivas, la interacción con mis compañeras, la relación con el feminismo y mis intervenciones en debates públicos.

Yo conocía parte de la bibliografía académica sobre masculinidades por haberla revisado quince años atrás para mi tesis doctoral sobre sexualidades de adolescentes, pero no había seguido sistemáticamente la producción y discu-

sión alrededor del tema. Investigaba sobre sexualidad desde una perspectiva de género, pero sin inscribir mi trabajo en los estudios sobre masculinidades (no me remitía a su cuerpo de autores ni a sus categorías, no me hacía sus preguntas, no ingresaba en sus debates).

A fines de 2018, un grupo de activistas, decisores e investigadores de larga trayectoria sobre el tema lanza el Instituto de Masculinidades y Cambio Social en la Argentina. La creación de esta ONG federal fue un síntoma de que la agenda de masculinidades y el trabajo con varones, desde un enfoque feminista, emergían con fuerza en el escenario político y académico local.¹⁰ Conocía previamente a Luciano Fabbri y a Ariel Sánchez, dos de sus fundadores, y su invitación a una serie de eventos, más otras que se fueron sucediendo, me llevaron a reflexionar y a escribir sobre masculinidades y varones en un momento vital receptivo a esa demanda. Estudiar y pensar sobre masculinidades me ha permitido revisarme como padre, reinventarme como investigador y revitalizarme como militante. El entusiasmo que me genera este proceso intelectual y político convive con una incomodidad personal recurrente, una piedra en el zapato, al ser más consciente de mis privilegios de género y su traducción en desigualdades. Tengo menos margen para aducir desconocerlos y mi entorno me lo recuerda a menudo.

Sin ser un especialista en el tema, comencé a ser convocado por sindicatos, gobiernos municipales, ONG, organizaciones políticas y espacios universitarios para “hablar de masculinidades”. Lo pongo entrecomillado porque la mayoría de las veces no había una demanda precisa. Sea en el lanzamiento de una secretaría de género o una capacitación por la Ley Micaela,¹¹ lo importante era incluir las masculinidades para que abordar cuestiones de género no se tratase solo de mujeres, como únicas promotoras y destinatarias de estas iniciativas. Hay, entonces, una demanda epocal: que un varón hable acerca de masculinidades para que otros varones escuchen lo que el feminismo tiene para decirles. El presupuesto, a veces explicitado por las compañeras que me convocaban, era que los varones cis-hetero posiblemente escuchasen más si su interlocutor fuera un varón “como ellos”, lo que favorecería que se piensen a sí mismos desde el feminismo.

Y así llego a la escritura de este ensayo, convocado por María Pia López, una colega y compañera feminista. De aquí en adelante el registro va a ser un poco más conceptual y menos personal, pero precisaba comenzar el libro con una descripción de las coordenadas biográficas y políticas que enmarcan su escritura.

Lo que resta del ensayo se organiza en tres capítulos. En “Nuevas masculinidades versus masculinidad como dispositivo de poder” recorro las nociones de masculinidad, masculinidades, masculinidad hegemónica y masculinidad como dispositivo de poder, que uso en el análisis posterior. También critico los presupuestos demasiado optimistas de ciertos trabajos sobre masculinidades, da-

do que considero que un diagnóstico autocomplaciente es un mal punto de partida para encarar un cambio en nuestra forma de ser varones.

En el capítulo “Varones en deconstrucción: límites y potencialidades” presento el clima social de cuestionamiento extendido a la desigualdad y la violencia de género de la Argentina contemporánea, impulsado por los movimientos feministas, de mujeres y de la diversidad sexual. En estas coordenadas abordo una idea de *deconstrucción* de los varones que circula ampliamente, entendida como un proceso cuyos rasgos serían el autocentramiento, la comodidad y la fantasía del *Win-Win* (sintetizada en la consigna “con la igualdad de género ganamos todos”). En contraposición, propongo una noción de deconstrucción que aspira a ser políticamente más potente, mediante una dinámica relacional, capaz de generar una incomodidad productiva y que plantee la necesidad de asumir ciertas pérdidas para los varones involucrados.

En el último capítulo, “Cuestiones incómodas para una agenda sobre varones y masculinidades”, exploro tres puntos. Primero, describo mecanismos cotidianos que desarrollamos los varones para mantener las desigualdades de género. Segundo, indago acerca de qué hacemos como varones cuando un amigo o compañero es acusado de violencia de género (mediante una denuncia judicial y/o un escrache), y busco pistas ante la interpelación sobre qué hacer para romper con la complicidad machista. Finalmente, esbozo caminos para profundizar los resquebrajamientos que produce el feminismo en los valores patriarcales que nos moldean como varones.

¹ <https://raulometro.com/>.

² *Cisgénero* son aquellas personas cuya identidad y expresión de género coinciden con el sexo biológico que se les asignó cuando nacieron, a diferencia de las personas transgénero.

³ Remarco *algunos* porque no tengo elementos para dimensionar cuán extendido está este proceso de reflexión entre varones, más allá de los círculos de clase media urbana en que me muevo. Sí puedo señalar que los ejemplos que aquí presento sobre revisión y cambios entre varones no son solo de universitarios, ni de residentes en la ciudad de Buenos Aires, ni de varones que se definirían como progresistas. El impacto de los feminismos en los varones excede estas coordenadas, aunque de ello no puedo inferir cuán amplios es.

⁴ Como las leyes nacionales de Salud Sexual y Procreación Responsable (2002), Educación Sexual Integral (2006), Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres (2009), Matrimonio Igualitario (2010), Identidad de Género (2012) e Interrupción Voluntaria del Embarazo (2020), entre otras.

⁵ “#NOVAMÁS”, por Proyecto Política Feminista (27/5/2018); “Qué mambo esto de militar en organizaciones mixtas”, por Julieta Gugliottella (28/6/2018); “Feminizar la política es lo que va a salvarla”, por Majo Gerez (12/7/2018); “Carta a los varones desorientados”, por Diana Broggi y Mariel Martínez Cabrera (30/7/2018).

⁶ <https://instruccionespara.com/soy-hombre-que-hago-el-8m/>.

7 En 2012 se sanciona la modificación al artículo 80 del Código Penal, conocida como Ley de Femicidios, que reconoce un tipo de agravante vinculado al género para los homicidios.

8 Abordar el carácter colonial de esta violencia de género en sociedades como la argentina excede el alcance de este breve ensayo, pero quería señalarlo como una dimensión urgente a profundizar en futuros análisis.

9 A lo largo del texto vuelvo varias veces sobre la relación entre masculinidad e incomodidad, central para pensar los procesos que abordo. Esta conexión fue identificada por otros autores, como los argentinos Néstor Artiaño en su tesis *Masculinidades incómodas* (2009) y Luciano Fabbri en su compilación *La masculinidad incomodada* (2021).

10 Esta emergencia y creciente institucionalización de la agenda con masculinidades también se reflejó, por un lado, en que el recientemente creado Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires, en diciembre de 2019, incluyó una Dirección de Promoción de Masculinidades; y, por el otro, desde la sociedad civil se lanzó la Red de Espacios de Masculinidades de Argentina (REMA), en julio de 2021.

11 La Ley Micaela o Ley de Capacitación Obligatoria en Género para todas las personas que integran los tres poderes del Estado (N° 27499) es una ley sancionada en la Argentina en diciembre de 2018 que establece la capacitación obligatoria en la temática de género y violencia contra las mujeres para todas las personas que se desempeñen en la función pública en todos sus niveles y jerarquías en los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial de la Nación en la República Argentina. Han adherido para su implementación varias provincias y municipios, el sistema universitario y algunas organizaciones sindicales.